

Juan Bonilla

3 pregón **9**
feria del libro antiguo y de ocasión

SEVILLA

10 de noviembre de 2016

UN HOMBRE DONDE SOLLOZA LA MUERTE

Pues se me ha invitado a dar el pregón de la Feria del Libro Antiguo, permitidme que dé un paseo por las ferias del pasado aunque sólo sea para convencerme con el espejismo de que el pasado fue una feria. Borges imaginaba el paraíso como una biblioteca: mucho más terrenal que él, a mí me gusta imaginármelo como una feria del libro o una calle con muchas librerías y puedo recordar cómo, un sábado por la tarde de hace treinta y tantos años, a la vuelta del viaje de fin de curso a Mérida, vimos instalada en la Plaza del Arenal de Jerez una feria del libro usado en la que nos zambullimos como si a la intemperie nos estuvieran disparando francotiradores y el único lugar donde pudiésemos refugiarnos fuera en aquellas casetas. Dado que en Jerez no ha habido nunca muchas librerías, ver apelotonadas tantas casetas de libros ocupando todo el perímetro de la plaza nos proporcionó una especie de

satisfacción inmediata: la colosal sensación, tan importante en la adolescencia, de que tenías la tarde ocupada, de que las horas no se te iban a ir en bufidos de aburrimiento viendo pasar gente apresurada hacia sus envidiados quehaceres. Por entonces tenía uno la fea costumbre de marcar los libros que compraba con el nombre y la fecha, y gracias a eso hoy puedo saber el día exacto de 1982 en que accedí, gracias a unos tomitos de títulos llamativos, cubiertas escandalosas y lomos blancos, a la obra de Bukowski. En los cuentos de Bukowski, desangelados, vertiginosos, vomitados más que escritos, se encontraba uno con una vida miserable que a pesar de todo era capaz de reírse de su propia miseria. Bukowski me ha parecido siempre, por el momento en que lo descubrí y lo leí, un autor juvenil: quiero decir, sus borracheras, sus broncas, sus palabrotas, pueden impresionar y dejar su huella en el cemento fresco de la mente de un adolescente porque en ese cemento hasta la pisada de un jilguero se grabaría, mientras en el cemento ya endurecido de un hombre de treinta o cuarenta años ni el paso de una manada de ñus dejaría grabada la menor impresión.

Pero fue importante porque en aquellos escritos indecentes, realismo sucio se le llamó por entonces, aprendió el adolescente que fui que había vida en los libros más allá de la vida académica que succionábamos de ellos cuando teníamos que rendir nuestros conocimientos en un examen después de haber pasado un mes dormitando en las páginas de *La fontana de oro*, de *Los pazos de Ulloa*, de *La Regenta*. Y debió quedárseme grabada también la impresión de que una feria del libro es un lugar al que uno va, fundamentalmente, a hacer amigos, a descubrir autores, a agrandarse el museo particular de complicidades, de nombres propios que nos hacen compañía, de recuerdos que recaudamos en los libros, recuerdos de hechos que no hemos vivido. Para ello, según me ha enseñado la experiencia, que, como la apariencia, también sabe engañar, es recomendable no buscar nada o, al menos, que las fronteras de la búsqueda dejen un espacio lo suficientemente amplio como para que, en cualquier caso, y por mal que se nos den las cosas, siempre encontremos algo. Este es el primer mandamiento del buscador de libros en las ferias: El secreto de encontrar

reside en no ir buscando nada. En efecto, el secreto de encontrar siempre algunos libros que nos valgan para algo en las ferias del libro es ese: no armarse de una lista de libros deseados, ir más bien desarmado, sin expectativas, a sabiendas de que el culpable de una desilusión es siempre el que la sufre, el que se desilusiona. Por eso nada me resulta más equivocado en las ferias del libro viejo que esa táctica de algunas personas a las que veo ir parando un segundo en cada caseta y preguntándole al librero por un título preciso o dando unas indicaciones absolutamente delirantes, buscando con ansiedad un libro del que no se recuerda ni título ni autor pero se recuerda nítidamente la ilustración de la cubierta, “una mujer con el pelo azul y una serpiente blanca colocada como collar” o algo parecido. Seguramente a los libreros os pasa en cada una de las ferias en las que habéis estado, a mí también me ha pasado porque en dos ferias estuve de empleado en la caseta de Renacimiento en Madrid y tuve que atender peticiones de ese tipo, gentes que buscaban un libro de su infancia del que sólo recordaban las ilustraciones y ahora, tanto tiempo después, lo perseguían de caseta en caseta como Ahab

la ballena blanca, sin saber que al obtenerla le llegaría su fin, triunfo y condena en el mismo arponazo. Es otro de los alicientes indudables de cualquier feria del libro: ver cómo se extienden ante nosotros, convertidos en cabalgatas de libros, en amasijo de volúmenes de diversa procedencia y destino diverso, tantos pasados distintos reunidos por el azar sobre un tablero, en el perfecto desorden de las cosas acostumbradas a vivir a bordo de un naufragio. He aquí pues el segundo mandamiento del buscador de libros en las ferias: elige lo que vayas a llevarte a sabiendas de que estás rescatando a un náufrago que de todas maneras no iba a ahogarse sin ti.

No es raro que el verbo elegir sea, etimológicamente, madre del verbo leer. El lector es siempre, inevitablemente, un elector. Y aunque vivimos tiempos en los que, en lo que a la lectura se refiere, parece que entre los electores triunfa claramente la abstención, no hay que dejarse llevar por las trompetas del apocalipsis y recordar que la lectura no fue nunca una costumbre mayoritaria y que a la autoridad competente, para que quede clara su incompetencia, siempre le vendrá bien que sean muchos menos los que lean

que los que no, porque una sociedad culta es una sociedad crítica y una sociedad crítica es una sociedad armada de razones a la que no es fácil tomarle el pelo con eslóganes y lugares comunes y dogmas que no resistirían el más mínimo análisis de la sensatez, esa dama tantas veces aplastada por la fuerza de las ciegas ideologías políticas o religiosas. No es mi intención hacer el elogio acrítico de la lectura pues no creo que por sí solo el deporte o la necesidad de leer libros nos haga mejores criaturas, ya que conozco a bastante gente culta perfectamente capacitada para la indignidad, la cobardía o la miseria: de hecho, puede que a ellos sus muchas lecturas les presten bibliografía elocuente como para justificar sus razones para ser indignos, cobardes y miserables y poder luego dormir tranquilos sin que les pese la conciencia. Pero parece científica y estadísticamente probado que los lugares donde más se lee, son también los lugares donde mejor se vive, donde menos corrupción brota en los canales del poder, donde la ciudadanía más y mejor controla a sus gobernantes, donde la violencia tiene menos capacidad de convicción, donde hay más libertad, igualdad y fraternidad, si aún

damos por buena la tríada con la que se renovó Occidente. De ahí que no pueda uno sino sentir un pellizco de depresión cuando ve noticias acerca de los hábitos lectores en España: sólo uno de cada diez maestros de primaria lee libros habitualmente, sólo dos de cada diez profesores de secundaria son lectores cotidianos. Me estoy refiriendo a gremios imprescindibles para la edificación del nivel cultural de un país, gremios sin los cuales es improbable que esa edificación deje su actual estado de ruina.

Creo que la enseñanza ha abusado de una táctica que finalmente no podía sino volverse en contra de la literatura en cualquiera de sus peldaños –pues considero que la Historia, la Filosofía y el Periodismo no tienen más remedio que ser también literatura. La enseñanza disoció en algún momento la literatura de la vida, como si por sí sola pudiera ser la literatura algo distinto de la vida, no una región de un país gigantesco sino un país completamente distinto. Así nos mostraron de chavales que las obras literarias no eran tanto cápsulas donde se guardaba algo de vida verdadera que gracias a la resistencia con la que se forjaron sus

materiales había conseguido el milagro de seguir latiendo contra el tiempo, que todo lo mata, como productos realizados por lejanos desconocidos con el único objetivo de que los estudiásemos, nos aprendiésemos sus fechas de memoria, evacuásemos algún conocimiento sobre ellas. De esa manera, convirtiendo en materia de estudio lo que alguna vez fue vida, volvió la enseñanza irrealidad lo que precisamente era lo contrario: creadora de realidad. De esa manera nos resultaba complicado penetrar en aquellas obras, *El sí de las niñas*, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, *El diablo mundo*, *Poeta en Nueva York*, *Tiempo de Silencio*, vueltas ya objetos de estudio cuyo fin en sí mismo no era ni emocionarnos, ni divertirnos, ni consolarnos ni agitarnos: sólo pretendían que supiésemos algo de ellas para alcanzar a aprobar una asignatura. Recuerdo que me suspendieron en COU porque en el comentario de texto de un poema de Lorca, ante el verso “hay un hombro donde solloza la muerte” yo decía que no tenía idea de lo que quería decir el poeta pero que daba igual porque me impresionaba la imagen de la muerte sollozando. El crítico italiano Alfonso Berardinelli, a quien por cierto descubrí hace

poco en la feria de Recoletos en Madrid, lo dice mejor que yo: “Tengo la impresión de que aquellos que enseñan y que estudian literatura tienden a olvidar que las obras literarias no fueron escritas por sus autores para ser enseñadas y estudiadas sino para ser leídas y releídas. Quien lea a un clásico debería ser tan ingenuo y presuntuoso como para pensar que ese libro fue escrito precisamente para él, para que se decidiese a leerlo.” Así que este podría ser muy bien el tercer mandamiento para el buscador de libros: sé tan ingenuo y presuntuoso como para convencerte de que el libro que eliges fue escrito para ti, no para Francisco Rico.

Las ferias del libro eran el lugar preciso donde el chaval que fui juntaba en un solo cuerpo esas dos criaturas que la enseñanza trataba de separar como si fuesen enemigas: vida en las plazas donde se repartían las casetas y literatura en los mundos a los que daban esas puertas cerradas que eran los libros. O por mejor expresarlo le devolvía a la literatura aquello de lo que se le había descargado en las aulas para reducirla a materia de estudio: la vida de la que inevitablemente estaba hecha, vida desbordada a la que alguien, un autor,

había tratado de agarrar en un texto y que llegaba a mí para que yo le prestase aquello que necesitaba para seguir latiendo, lectura con la que se iluminaba de presente un texto que, milagrosamente, volvía a estar vivo a pesar de haber sido escrito hacía quince, cincuenta años, dos siglos, dos milenios. Abolir el tiempo, uno de los milagros de la literatura, aunque seamos precisamente poco más que palabra en el tiempo. En esto todos estaremos de acuerdo en que la mejor lección nos la da Alonso Quijano. La cansina lectura oficializada de *El Quijote* nos quiere convencer de que al hidalgo, del poco comer y del mucho leer, se le trastornó el sentido común y se creyó, por el vicio de la identificación que es uno de los grandes riesgos de la lectura, personaje de las aventuras que leía: pero por debajo, el ejemplo de Quijano nos susurra otra cosa, nos susurra, con intensa convicción, que los únicos libros que de verdad importan son aquellos que se salen de sí mismos y nos obligan a echarnos a los caminos. El hidalgo aburrido que para soportar su aburrimiento necesita evadirse en las páginas de aquellos volúmenes insensatos da un paso más allá de estos y contagiado de su pasión, de su

efervescencia, en definitiva de sus ansias de vida heroica, entiende que los libros ya no son suficiente: y eso es lo que esencialmente enseñan los libros importantes, que los libros no son fines en sí mismo, que por sí solos no son suficiente, que en el fondo son poca cosa, meros pasatiempos en el mejor de los casos, si a través de ellos no amamos aquello de lo que están hechos, vida, vida heroica o vida sosegada, vida contemplativa o vida eufórica, vida en cualquier caso, el hombro sobre el que solloza la muerte que no puede alcanzarnos. Si una figura tan extraordinaria como la de Don Quijote pudo alzarse ante nosotros para enseñarnos que cualquier idealismo al rozarse con la vida no tiene más remedio que la derrota, no sin antes haber logrado la victoria colosal de contagiar de idealismo al más realista de los seres, el escudero Sancho, se lo debemos a la ambición preciosa de la literatura de necesitar ser algo más que literatura, de llegar de algún modo al lugar en el que nació, la vida. Porque la literatura no es suficiente, porque su naturaleza le manda ser algo más que mera literatura, el hidalgo que se evadía con las colosales narraciones de los antiguos caballeros andantes necesitó

convertirse él mismo en caballero andante, aprendiendo la más soberana lección que pueden darnos los libros: empujarnos a los caminos, a la vida, lugar del que bebe y al que a la vez riega. Por eso la distinción académica entre vida y literatura me parece uno de los disparates más deshonestos que se han vertido sobre la naturaleza de la literatura, un modo de desactivarla para convertirla en género muerto, materia de estudios: es como si se hubiese pretendido mostrarnos toda la literatura como una serie interminable de cadáveres embalsamados. Este podría ser el cuarto mandamiento del buscador de libros: El libro que rescatas del mar de libros que se tiende ante ti es una criatura viva, está hecha de vida y su propósito esencial es, a través de ficciones o noticias, de historias antiguas o confesiones personales, prestarte algo de aliento, porque el aliento es ánimo y el ánimo es alma.

Es cierto que eso lleva aparejado un peligro cierto, que es precisamente el de concederle a la literatura un estatus superior a la vida y volver a enfrentarlas, una queja que expresa bien un apunte del *Diario* de Anaïs Nin, otra autora que descubrí en una caseta de feria

del libro: “Ese es el peligro, dice Anaïs Nin, la literatura nos prepara para vivir pero elimina lo accesorio para darnos unas dosis concentrada de vida, y al mismo tiempo nos expone a grandes decepciones porque ofrece un concepto elevado de la vida ocultando lo que esta tiene de aburrida: la literatura es siempre exageración, una dramatización constante y quienes se alimentan de ella corren el riesgo de querer seguir un ritmo imposible.”

Me parece que eso es tomarse la literatura como un cóctel de anfetaminas, cosa que tampoco tiene porqué ser así. Ni cóctel de anfetaminas ni jarabe curativo ni caldito para las noches frías, o todo eso y muchas más cosas dependiendo de las necesidades de cada cual. Creo que a veces le pedimos a los libros cosas que no tienen por qué dar, porque un libro es la mayor parte de las veces un trampolín: sí, sirve para que demos saltos y subamos en el aire para luego caer a la realidad, pero el salto dependerá de nosotros. Es verdad que sin trampolín no habría salto, pero eso no significa que la responsabilidad del salto sea del trampolín. Por eso siempre me ha gustado y he citado muchas veces la frase de

Lichtenberg que asegura: “un libro es como un espejo, si se asoma un simio no puede esperar que se refleje un apóstol”. Contra esa sentencia cabe recurso: yo diría más bien que los mejores libros son precisamente aquellos que cuando se asoma un simio le enseña al simio lo mucho de apóstol que hay en él y, sobre todo, al revés, cuando el que se asoma es un apóstol le muestra que al fondo de sus ojos hay aún mucho de simio.

Me gustan las ciudades con ferias del libro permanentes. Para mí las grandes ciudades son aquellas que tienen un aeropuerto con vuelos internacionales, al menos dos equipos de fútbol en primera división y un lugar donde las librerías de viejo forman una especie de fortificación. La Cuesta de Moyano de Madrid, Los Encantes de Barcelona, Tristán Narvaja en Montevideo, San Diego en Santiago de Chile, las quilcas de Lima, Palermo de Buenos Aires, la calle Donceles de México, Porta Portese en Roma, Charing Cross en Londres, los bouquinistas de París, los alfarrabistas de la Rua do Carmo en Lisboa, la calle 12 de Nueva York donde está la Strand que por sí sola vale por diez librerías de viejo. Creo que a Sevilla sólo le falta tener una feria del libro

permanente para ser una ciudad grande, siempre y cuando el Betis no baje más a segunda. Durante algún tiempo, cuando me instalé aquí por primera vez, en 1989, me podía más o menos hacer a la idea de que Sevilla era de esas ciudades con feria del libro permanente, porque en un radio de medio kilómetro podía uno empezar a entrar en el centro por la librería La Roldana, llegarse a Trueque, pararse en Antonio Castro y luego seguir hasta Renacimiento antes de darse un paseo que alcanzara Los Terceros después de parar en la calle Rivero, donde estaba la Librería Mercedes, y seguir hasta Padilla para buscar desde ahí los callejones que llevaran al Cardenal Pedro Niño donde estaba Luis y su Desván, para acabar en la calle Feria en la librería Rumaiquiyya, o más allá en San Lorenzo en la Librería Sur: lo que viene siendo echar la mañana en libros, que a veces aumentaban el número de mis autores y a veces se limitaban, lo que no era poco, a largas conversaciones en las que aprendía uno de todo, desde dónde estuvieron las mejores bibliotecas privadas de La Habana a quién fue el maestro que le birló una guitarra a una leyenda del jazz cuando vino a darnos

un concierto durante la Expo pasando por los mejores gimnasios de Sevilla donde adiestrarse en el arte del boxeo. Son, en fin, lugares donde siempre me han pasado cosas importantes, entendiéndolo por importante aquello que uno, por no producirlo por sí mismo, tiene que buscar en otro sitio e importa de los demás. Unas veces esas cosas importantes eran la primera edición de *Paradiso* de Lezama Lima, una novela que todavía estoy leyendo, y otras veces era una conversación salteada de carcajadas con el poeta Vicente Tortajada o el librero Quesada o el librero Bosch. Pero no me refiero sólo a hechos que pudiera narrar como biográficos –que también: en la Feria del Libro de 1990 en Madrid, Andrés Trapiello me cedió el manuscrito, once veces rechazado por editoriales de prestigio, del primer tomo de su *Salón de Pasos Perdidos* que fuimos publicando semanalmente en el suplemento Citas del Diario de Jerez: puede que sea el libro más importante que yo haya encontrado en una feria; en la Feria del Libro de Jerez de 1986, con 1.000 pesetas prestadas, compré la edición de Sur de *Lolita* de Vladimir Nabokov y entendí que las mejores novelas son poemas

de doscientas o trescientas páginas; en una Feria del Libro de Recoletos, Juan Manuel Bonet me dijo, cómpralo, y compré *Helena o el mar del verano* de Julián Ayesta; hace sólo dos temporadas, aquí en Sevilla, encontré en la caseta de Manolo del Pino, *Sensualidad y futurismo* de Seral y Casas que llevaba buscando desde que supe que existía-: me refiero fundamentalmente a los hechos que, según otra de las magias de la literatura, me agrandaron la memoria con instantes que no olvidaré mientras tenga recuerdos. La literatura es una invitación a estar en lugares en los que no pudimos estar, una invitación a que veamos lo que no podíamos ver. Contra el prestigio del verbo “ser”, me quedo con la poesía del verbo “estar”. Uno no quiere ser el maquinista del tren al que se arroja Ana Karenina, pero agradece estar allí, aunque no haya modo de salvarla. Y gracias a los libros encontrados en las ferias he estado en tantos sitios sin dejar de ser el que era. Porque fue en una feria del libro donde me animé por fin a ingresar, en una versión en verso realizada por Fernando Gutiérrez, en la *Ilíada* de Homero y allí vi, como os estoy viendo a vosotros, con la misma nitidez, la misma actualidad,

la misma vida, en fin, cómo Príamo le pedía a Aquiles el cadáver de su hijo Héctor, quizá el momento más emocionante y terrible de toda la literatura. Y fue en una feria del libro como la que mañana comienza aquí donde, como he dicho, llegué a *Lolita* y a esos cientos de kilómetros de pecado y monstruosidad vueltos poema por polvorientas carreteras americanas y moteles de una noche. Y no puedo olvidar que en mi primera feria del libro di con ese momento en que Billy el Niño cae abatido por un disparo de su novia en el cuento de Bukowski, *Deje de mirarme las tetas, señor*. Y en alguna de vuestras tiendas, librerías de viejo de Sevilla, leí, indeciso de si había llegado el momento o aún no de entrar en Lezama Lima, cómo Baldovina le curaba las ronchas de una alergia a José Cemí derramando sobre ellas la cera de unas velas. Y, junto al mar de Cádiz, el de mi infancia, con el resplandor de acero atlántico en el aire, en otra feria del libro, me bastaron un par de párrafos para descubrir al extraordinario prosista Gonzalo Suárez en unos cuentos titulados *Trece veces Trece*, hoy prácticamente olvidado o por lo menos preterido, sin la presencia en el panorama literario español

que el autor merecería por su audacia, su vigor, su humorismo inquebrantable. Demasiado frívolo o simplemente divertido e ingenioso para las espesas cejas de quienes deciden el canon entre nosotros, tan dados al tremendismo y a la hojarasca. Pero para mí, Gonzalo Suárez es uno de los grandes narradores de la década de los sesenta, esa década en la que en España cabían tan pocas risas si hemos de juzgarla por lo que produjo nuestra literatura entre el realismo social que se proponía cambiar la situación política del país con sus denuncias –a pesar de lo cual Franco murió en la cama de un buen chute de morfina neoliberal– y la pedantería culturalista que por huir de la realidad se entregó a un supuesto gran estilo por el que tiempo ha pasado como una apisonadora.

Y eso es lo que fundamentalmente enseñan las ferias de libro viejo y por extensión las librerías de viejo como fuentes constantes de nuestras bibliotecas: nos enseñan que las bibliotecas particulares son esos lugares donde uno puede darle la vuelta a las jerarquías que se nos imponen, en las bibliotecas de cada cual los lugares de honor los ostentan quienes de veras nos sirven para algo más que para

ser sólo cultos o estar enterados de lo que los académicos y profesionales consideran que debemos estar enterados. Las bibliotecas particulares son un intento personal de corregir los evidentes defectos, cuando no auténticos desastres, del mandato oficial de la autoridad competente, que nunca se cansa de demostrar su incompetencia. La autoridad quiere convencerme ahora mismo de que los grandes poetas españoles de los últimos años son Gamoneda o el último Valente y toda esa cháchara grandilocuente y grave, grave en inglés significa tumba, y vale, bueno, allá la autoridad y sus especialistas y todo ese ejército de profesores universitarios capaces de vender el alma por llenar un poema de notas a pie de página, pero en mi casa no, en mi casa entre los poetas del cincuenta está Julio Mariscal Montes, olvidado hoy, bien, olvidado ahí afuera, en la intemperie de las antologías y las aulas, sí, pero está vivo aún en una estantería mía, deseando en mi biblioteca que en alguna feria del libro dé por fin con el único libro suyo que me falta, *Tierra de secano*, que para más inri, y para demostrar que la vida es una bromista incomparable, se editó en Jerez, en la colección La Venencia, en

Gráficas del Exportador, una imprenta que estaba al final de la calle donde nací. Este es el último mandamiento para el buscador de libros: tienes que serle fiel a tu biblioteca, no a la biblioteca de ninguno de los santos prescriptores que han conseguido que se acepte que Juan Benet es la cumbre de nuestra narrativa, como si nuestra narrativa fuera la Navidad y el rey por tanto no pudiera ser otro que el que mejores pestiños hacía, o han conseguido, aunque parezca mentira, que el tartamudeo políglota de Juan Goytisolo es el no va más de los horizontes a los que puede alcanzar nuestra lengua en el viejo arte de contarnos la vida y resistirnos así a la muerte. En mi biblioteca Gonzalo Suárez, Terenci Moix, Fernando Quiñones son narradores que disfrutaban de mejores vistas que los supuestos grandes autores de la época.

Termino ya: dije al principio que desde bien temprano aprendí que las ferias del libro son para mí lugares donde puede suceder lo inesperado, a los que voy tratando de no buscar nada para asegurarme siempre la posibilidad de que voy a encontrar algo. Mentí o exageré: sí que voy buscando algo desde hace años en cada feria del libro a la

que me asomo. Voy buscando precisamente al chaval aquel que fui, voy buscando por sobre todas las cosas su emoción insobornable al creer que descubriría a un gigante –Bukowski o Papini o Boris Vian– cuando quizá no había descubierto más que a un compañero de viaje del que lo olvidaría todo más adelante, todo salvo el momento milagroso de descubrirlo entre un montón de libros, el momento de decidir salvarlo entre la muchedumbre de volúmenes a sabiendas de que en el fondo era el libro el que iba a salvarlo a él. A ese chaval es al que sigo buscando en las ferias del libro viejo a las que voy, y a veces todavía lo encuentro cuando, entre cataratas de libros, doy con alguno que, por lo que sea, me hace intuir que entre sus páginas guarda algo de vida suficiente para agrandarme la memoria, para añadirle recuerdos de otros a mis propios recuerdos, para agigantarme con la sensación de que el hombro donde llora impotente la muerte es el hombro de la literatura.

JUAN BONILLA

Madrid, 23 de octubre-30 de octubre de 2016

ESTE PREGÓN FUE LEÍDO POR
D. JUAN BONILLA
EL JUEVES 10 DE NOVIEMBRE DE 2016 EN EL
CÍRCULO MERCANTIL E INDUSTRIAL DE SEVILLA
SE HAN IMPRESO 200 EJEMPLARES PARA ALGUNOS DE
LOS VISITANTES A LA FERIA QUE ACREDITEN
SU AMOR A LOS LIBROS.

